

Un mundo entero matará de gente,
 Bajó sobre él el sin lealtad gigante,
 Y en ver que vivo está le llevó preso:
 Cayó Auchali rendido en este instante,
 Y su Argina también cayó sin seso:
 Llegó á prenderla el falso Amaniente,
 Y desmayada levantóla en peso,
 Llevando las brutales manos llenas,
 Cual oso montaraz con dos colmenas.
 Ya á la entrada llegaba de la puente
 Cuando volvió en su acuerdo Ferraguto,
 Y hallándose al calor de tanta gente
 Al brazo asido de un gigante bruto,
 Ferido del honor cual rayo ardiente
 La bárbara prisión dejó sin fruto,
 Y el rigor nuevo de sus golpes varios,
 Ciego alboroto y miedo en los contrarios.
 Trocó el Jayan la dama por la espada
 Para segunda vez cobrar su preso,
 Y aunque le va la frente desarmada,
 No juzga acometerle por esceso;
 Ni él al sentirse hierir estimó en nada
 De la traidora mano el grave peso,
 Ni el ver que sus bárbaros soldados
 Doce contra uno le arman los costados.
 Antes así en su escuadra se revuelve
 Cual entre aristas ciego torbellino,
 A este hiere, á aquel da, y al otro vuelve
 En concierto mayor su desatino:
 A uno el pecho y entrañas le desvuelve
 El dulce corte del acero fino,
 A este del roto arnés lleva un pedazo,
 Y aquel deja en tres piés con solo un brazo.
 Dió un reparo al jayan, que á dar venia
 Sobre él con nueva y desigual visarma,
 Que en cien puntas de acero relucia,
 Y á un golpe un hombre de metal desarma:
 Hizole errar la furia que traia,
 Y al vacío herir en dos quebrada el arma,
 Quedóle solo el destroncado trozo
 De Palia muerto, y Ferragut de gozo.
 No perdió tiempo, que al volver la frente
 La calva diosa así de la ventura,
 Y el acerado alfanje al vuelo ardiente
 Un revés le alcanzó por la cintura;
 Por donde el hierro entró, y salió una fuente
 De requemado humor y sangre obscura,
 Y de otro á cercen le llevó una pierna,
 Cual blanca y corva hoz mimbarrera tierna.
 Así toró andaluz desjarretado
 Suele al prado venir dando bramidos,
 Y en el sangriento suelo destroncado
 La selva asombra, y braman los ejidos:
 El cobarde escuadron desordenado
 Los muertos quedan, huyen los heridos,
 Cual de buitres gloton hambrientos cuervos,
 Y de perro irlandés tímidos ciervos.
 Miró buscando el victorioso moro
 Con vista atenta la agraviada Argina,
 Y vióla, cruel, juntando aljofar y oro
 Al rosicler de una sangrienta mina:
 Con las hebras limpiando y el tesoro
 De su cabeza la mortal, que inclina
 En su regazo desmayada y muda,
 Puesta en si vive ó sino vive en duda.
 Llegó el moro cuando ella enternecida
 A su esposo el primer acento daba,
 Que en un suspiro dió señal de vida
 El que antes pareció que muerto estaba:
 «Ay, dice, dulce amor! ¡prenda querida!
 Si aquella casta fe que me obligaba
 Á seguir vuestro noble gusto es cierto,
 Que en este cuerpo vivo aun no se ha muerto;
 Vuelve, noble Auchali, esos graves ojos
 A estos que ya por ellos son dos rios,

Serenarán sus luces mis enojos,
 Y en gloria volverán los males míos:
 Mas si estos son de amor vanos antojos,
 Y entre estas sierras y árboles sombríos,
 Mi bien se ha de acabar, y la alegría
 Que apenas en mi alma amanecía;
 Aquí una sola fiera en sus entrañas
 A los dos juntos dé sepulcro vivo:
 ¡Oh Alodia santa! luz de las montañas,
 Por cuyas firmes esperanzas vivo;
 Si á los que en gloria están no son estrañas
 Las graves ansias y el dolor esquivo
 De los que en vida amaron, destas mías
 ¿Cómo, señora, tanto te desvías?
 Socorre ahora, oh regalada esposa
 Del que reina te pudo hacer divina,
 Desde esa celestial patria dichosa
 El dolor desta tu afligida Argina:
 Que la palabra que te dió piadosa
 Te cumplí á, si de cumplirla es dima,
 Mas ¡ay de mí! que el no la ha ver cumplido
 A este presente riesgo me ha traído.»
 Dijo, y el belicoso Ferraguto
 Con templadas palabras la consuela,
 Que aunque de alma sangrienta, no es tan bruto
 Que de un grave dolor no se conduela:
 Mas viendo que llorar el mal sin fruto,
 Ni lo hace sano ni que menos duela,
 Para poner en tantos llantos tasa
 De las palabras á las obras pasa.
 Y con la libertad del jayan muerto,
 Entre las verdes yerbas desangrado,
 El cerrado castillo quedó abierto,
 De la gente servil desamparado.
 Y de un lóbrego sótano encubierto,
 Carcel de un grave pueblo aprisionado,
 Haciendo libre la mortal cadena,
 Cien almas de una vez sacó de pena.
 Y dando ya la puente y su rastrillo
 Segura puerta y paso volvió á Argina,
 Que á su esposo abrazada el amarillo
 Rostro entre su sangriento pecho inclina:
 Lleva á curar sus llagas al castillo,
 Si hay para tantas juntas medicina
 Que aplicarle remedios es el cierto
 Al menos vivo mientras no está muerto.
 Estaba de abastadas provisiones
 El sin lealtad castillo apercebido,
 Que de las comarcanas poblaciones
 Feroz robaba el pueblo mal nacido:
 Y de los que oprimia en sus prisiones,
 El mal ganado mueble recogido,
 Caballos, armas, joyas, plata y oro
 Que á sus dueños volvió con gusto el moro.
 Hallóse entre estos presos un cristiano
 Que el Soricano Alpidio se decia,
 De noble sangre y pecho castellano,
 Preso á traicion del falso Arcandro un dia:
 Y como caballero y cortesano,
 Que así entonces lo usaban, conoia
 Preciosas yerbas, cuyos jugos tales
 Bálsamos podian ser de todos males.
 Este tomó la sangre, y las heridas
 De Auchali reparó lo mas que pudo,
 Bien que en grandeza y número medidas
 Con desconfianzas lo volvieron mudo:
 Mas las dos voluntades conocidas
 Por el discreto cirujano agudo
 De los amantes dos, que aunque paganos,
 Suspiros daban de deseos cristianos,
 Ya el victorioso Ferragut partido,
 Y de los mas honrados prisioneros
 El diferente pueblo reducido
 A varios fines y diversos fueros,
 Habiendo el tiempo y la ocasión medido

Así á los dos amantes verdaderos,
 Con caricias habló, y un dulce trato
 Cuanto pretende haber compra barato.
 «No es menester, señores, preveniros
 De acreditar en vuestro amor mi pecho,
 Pues mas que en mi razon podré deciros,
 Por mi os dirá lo que por vos he hecho;
 Que aunque es todo escasezas en serviros,
 En lo que hasta ahora he sido de provecho
 No he faltado, y amor por obra enseña,
 Que esa no está en ser grande ni pequeña.
 El puesto ahora seguro es peligroso,
 Que Bramante cuyo es querrá cobrallo,
 Y aun vengarse del brazo poderoso
 Que con su espada pudo sujetallo:
 Yo estoy de vuestro bien tan deseoso,
 Que si el mio importare aventurallo,
 Por él tendré á mayor ganancia hacello,
 Que todo un mundo que me aparte dello.
 No lejos de aquí está una antigua ermita,
 Que yo un dia hallé saliendo á caza,
 Donde en santa quietud un hombre habita
 De sangre noble y cortesana traza:
 Mientras que el brio perdido resucita
 El santo cielo y la ventura engaza
 De nuevo vuestras cosas, ya podremos
 Del riesgo allí escapar que aquí tenemos.
 Que yo como español hidalgo os juro,
 Que debajo mi amparo y casto abrigo,
 Mientras viniere hallareis seguro
 En todos trances vuestro honor conmigo:
 Y por mi ley cristiana y fe aseguro
 A vuestro gusto en todo obras de amigo,
 Sin que ninguna el mio intente y haga,
 Que á los dos no contente y satisfaga.»
 Esto Alpidio les dijo, y con bastantes
 Razones trocó así sus ternos pechos,
 Que ya mudando ley los dos amantes
 A la ermita con él se van derechos;
 Donde aunque de los golpes penetrantes
 Murió Auchali, despues que fueron hechos
 Ambo cristianos, á la viuda Argina
 A una ciudad llevó circunvecina.
 Y allí en santa clausura un nuevo esposo
 Ganó de inmortal gloria su deseo,
 Trocándose en el cielo poderoso
 Para el bien de su alma este rodeo:
 Tanto se trata de un bueno es provechoso,
 Tanto se medra en un honrado empleo,
 Que á tantos bienes siguen otros tantos,
 Y tanto con su Dios pueden los santos.
 Mas Ferragut despues que dejó puesta
 La puente en libertad, y á sus cautivos,
 Cuando el alba de aljófares compuesta
 Los antes muertos campos vuelve vivos,
 Y las horas en torno haciendo fiesta,
 Con mudanzas y pasos fugitivos
 El negro luto vuelven nacar fino,
 El reposo dejó, y tomó el camino.
 Era el tiempo en que el año se remozó,
 Y la tierra preñada de bellezas
 Sus flores pare, y sus olores goza,
 Y alegre ambas á dos naturalezas:
 Cuando en los prados el placer retoza,
 Y Venus llena al mundo de riquezas,
 Comienza el ruiseñor quejas de amores,
 Y enguirnaldan sus hueyes los pastores.
 Por una selva que el humor del rio
 De rosas llena y de árboles tenia,
 Y las aves sin dueño con el frio
 Sus ramas de suavísima armonía,
 Bravo el moro bajaba; y de un sombrío
 Bosque, que el timbo de la sierra hacia,
 A caballo salir vió un hombre anciano
 Tras él dos perros, y un neblí en la mano.

Paróse á ver al moro el caballero,
 De su apostura y gallardía pagado,
 Y viendo en su ademán ser forastero,
 Y el limpio arnés de golpes señalado;
 Sospechando el suceso verdadero,
 Con grave estilo, y con semblante honrado,
 Cortés le saludó, y con voz prudente
 Nuevas pidió de su enemiga puente.
 Y sabiendo que ya el gigante es muerto,
 Y del traidor castillo libre el paso,
 El pecho por los ojos descubierto,
 Alegre el viejo al no esperado caso:
 «Ay señor, dijo, si el suceso es cierto,
 Y vuestro el golpe de valor no escaso,
 Dadle su entero punto á la milicia,
 Y á una gran sinrazon haced justicia.
 Yo, señor, de Galafrey de Toledo
 Soy tio, de Alhamud su padre hermano,
 Es mi nombre Yucef, y decir puedo
 Que á toda España gobernó esta mano:
 Y el tiempo, que jamás supo estar quedo,
 De uno en otro vaiven fue tan liviano,
 Que me ha traído á lo que veis ahora,
 Que quien mas vive mas desgracias llora.
 Treinta cumplidos lustros he vivido,
 De ciento y cincuenta años son mis canas,
 Y mi alfanje el primero y mas temido
 Que pasó de las sirtes africanas:
 Del escuadron de Muza fui elegido
 Sucesor, las fronteras toledanas
 Mias fueron un tiempo, y yo en su tierra
 Rey de la paz, y dueño de la guerra.
 Cansó el mudable tiempo á la fortuna,
 Y á mí tambien los mandos y el gobierno;
 Cuya carga sabrosa é importuna,
 En hombros puse de Aliatán mi yerno:
 Y de una vida quieta, á quien ninguna
 Iguala, codicioso el pensamiento,
 De la pesada autoridad cansado,
 Troqué el público bien por el privado.
 Dejo el cetro real, y aqui me vengo,
 Donde un castillo en puesto suficiente
 De alegre recreacion y gusto tengo
 Al salto del cristal desta corriente:
 Allí en ociosa vida me entretengo,
 Y en quietud vivo de mi pueblo y gente
 Con libros, con pinturas, y con caza,
 Lo que un regalo al otro no embaraza.
 Era tambieu del patrimonio mio
 Deste castillo la torreada puente,
 Que el paso hacia seguro, y por el rio
 Se cobraba un portazgo suficiente:
 Hasta que ya el soberbio desvario
 Del rey Bramante la usurpó á mi gente
 Bramante, que tambien con alma avara
 De Toledo usurpó á Guadalajara.
 Alzaron el comercio de la tierra
 De sus fieros soldados las crueldades,
 Siendo el origen de la nueva guerra
 Del jayan bruto torpes libertades:
 Ha dos veces seis lunas que se encierra
 De un yermo en las incultas soledades,
 Ofendiendo por celos insolentes
 Con su torpe vivir el de las gentes.
 Hija del rey Galafre es Galiana,
 Cuya beldad se entiende que del cielo,
 Hecha de alguna pasta soberana;
 Para asombro bajó y honor del suelo;
 El ambar y arrebol de la mañana,
 Que entre rayos y aljófares de velo
 El mundo argenta, y su tiniebla aclara,
 Dirás que son vislumbres de su cara.
 Y aunque es del alba el rostro, y la cabeza
 Del sol entero que tras ella nace,
 Y los ojos dos rayos de belleza,

Con que su luz temer y amar se hace,
 Mayor que la hermosura es la grandeza,
 Y la honestidad mas, con que deshace
 O entibia el fuego que primero espira
 Con los rayos que dije en quien la mira.
 Pues desta gran beldad que asombra el mundo,
 Y por Venus mortal Toledo adora,
 Bramante, que en soberbia es el segundo
 Lucifer que hoy entre los hombres mora,
 Dió de su pecho cruel al centro inmundo
 La bella estampa de su muerte aútora,
 Y á su arrogancia pensamiento altivo
 De no dejar el suyo en hombre vivo.
 Y llena el alma ya de esta locura
 Varios modos buscó de conseguilla,
 Dando en las justas pompa á su hermosura,
 Y á todo el mundo asombro y maravilla:
 Hasta camino abrió y senda segura
 Desde Toledo á su usurpada villa,
 Que como á intento fuera de camino
 Iba y venia por él su desatino.
 En este tiempo un moro valeroso,
 De agradable presencia y alma moza,
 Llamado Brabonel, sobrino brioso
 Del rey que ahora gobierna á Zaragoza,
 A Toledo llegó, y vió el rostro hermoso
 Que el rico Tajo en sus riberas goza,
 Y entrando en competencia con Bramante
 Perdió el antiguo por el nuevo amante.
 Es Brabonel galan, es cortesano,
 Un fenix en primor y en gallardia,
 Bravo en las guerras, en la paz humano,
 De afable trato, lleno de hidalgua:
 Bramante un feroz bárbaro inhumano,
 Sin término, lealtad, ni cortesía,
 No fue mucho llevallé allí del alma
 Como del cuerpo la triunfante palma.
 Salíó el jayan corrido en varios trances
 Que entró con su contrario en competencia,
 Dándole siempre el disfavor alcances
 Del ofendido gusto á la impaciencia;
 Hasta que al fin por escusar los lances
 Del desden hizo de Toledo ausencia,
 Como toro vencido, que al mas fiero
 La vaca deja, que seguía primero.
 A este castillo que á tu cuenta dejas
 Como á frontera á recogerse vino,
 Donde de agravios lleno y tristes quejas
 Su reino dejó el nuestro, y el vecino;
 Corriendo en riesgo y condicion parejas
 Las leyes del cristiano y sarracino,
 Sin respeto de fe, reino, ni reyes,
 Que quien vive sin ley no guarda leyes.
 Harto ya de affligir nuestra comarca
 Huyó á nuevo presidio y nueva tierra,
 Dejando en esta su señal y marca,
 Y en ambas con crueldad, discordia, y guerra:
 Mas si es que ya la inexorable parca
 En su vientre el rigor tirano encierra,
 Restituye á su antiguo castellano
 El vencido castillo de tu mano.
 Así el anciano moro persuadia
 Su causa al de Aragon feroz caudillo,
 Y en su alma amor y zelos encendia
 De Galiana el valor con solo oïllo:
 Cuando huyendo vieron que venia
 Un caballero, y otro por herillo,
 De la fuerza que puso en alcanzallo,
 Al hacer golpe destronó el caballo.
 Salíó ligero dél cual raudó viento,
 Mas viendo que es á pié seguirle en vano,
 Al bosque se volvió mudando intento,
 Su bayo muerto ya en el fresco llano:
 Ferragut le siguió, y el ya contento
 Yucef, que si en la edad y el pelo es cano,

Niño es siempre el deseo hecho de antojos,
 Y niñas las que miran en los ojos.
 En medio el bosque al pié de un sauce umbroso
 Un caballero vieron recién muerto,
 Y el que á pié se volvió tras un hermoso
 Caballo de armas y sudor cubierto:
 Queriale asir del freno, y él brioso
 Huyendo hacia su trabajo incierto,
 Cuando corriendo vieron que venia
 Una doncella que favor pedia.
 «Socorre, dice, oh Bahamel, la pena
 De tu esposa, y traicion de un falso amigo,
 Que Arcali el alma deste acibar llena
 La lleva en su poder, yo soy testigo:
 Y entre tanto que tu por la honra ajena
 La tuya en guarda das á un enemigo,
 Te la robó en la fuente cristalina,
 De quien saliste á dar favor á Alpina».
 Quedó con las heridas y el espanto
 De las amargas nuevas sin sentido,
 El triste caballero en tierno llanto
 De lágrimas y sangre convertido:
 Y en Ferragut su pena pudo tanto,
 Que habiéndole el derecho concedido
 De su venganza, se partió á hacella
 Por donde habia venido la doncella.
 No fue ella á guiarle, que quedó curando
 Las llagas de su herido caballero,
 Y él su presta venganza deseando
 Por no perder sazón partió ligero:
 De su perdida tierra al rey dejando
 Para la restaurar derecho entero,
 Con que el contento ya sin mas seguillo
 A poner volvió cobro en su castillo.
 Aquel dia y el siguiente anduvo el moro
 Por la confusa selva sin camino,
 Y cuando el sol entre celajes de oro
 A templar comenzó su ardor divino;
 Al doblar de una sierra oyó el sonoro
 Murmurar de un arroyo cristalino,
 Y á la ribera dél entre las flores
 La choza vió de un ható de pastores.
 Nunca soberbio alcazar fabricado
 En columnas de mármoles preciosos,
 Con ventanaje y torres almenado,
 Lejos puso en su vista mas hermosos
 Que la humilde cabaña, y su ahumado
 Techo y de los mastines perezosos
 El frio ladrar, que á la hambre y sus enojos
 La boca le hace el juego, y no los ojos.
 «Cuán moderados requisitos pide
 En su rigor la condicion humana,
 Y en qué de partes la ambicion divide
 Lo que al adorno incumbe y pompa vana!
 Su cuerpo el moro entre las flores mide,
 Y á la despensa rústica aldeana
 Humilde pide moderada cena,
 Que no hay mal pan cuando la hambre es buena».
 Reformó de los rústicos manjares
 Con el vientre tan bien el apetito,
 Que los pavos y tortas singulares
 Las sobras siempre son de un gusto abito:
 Y viendo por los ásperos vallares
 Subir balando el recental cabrito
 A las maternas ubres, que cargadas
 De gruesa leche buscan sus majadas,
 Lo poco que quedaba de la tarde
 De nuevo lo gastó tras su demanda,
 Y al tiempo que mas hierde y menos arde
 El sol que sobre el mar de Cadiz anda;
 Desde una sierra vió en vistoso alarde,
 Con varias flores de una y otra banda,
 Hacer por entre un risco y dos alisos
 A una columna de cristal mil visos.
 Volvió la rienda el cuidadoso moro

A la luz de los vivos resplandores,
 Y alpié del risco sobre arenas de oro
 Una fuente bullir vió entre las flores;
 Que de una en otra en murmurar sonoro
 Al prado daba en su llorar favores,
 Y con su claro estanque al bajo monte
 De cercos de cristal bello horizonte.
 Una cueva en su tumbo socavada
 El yerto lomo de aquel cerro abria,
 En lo mas firme dél incorporada,
 Que de albergue á la fuente le servia:
 De verde yedra y flores entoldada,
 Que un taray con sus sombras defendia,
 Y su virtud secreta convidaba
 A no pasar de allí el que allí llegaba.
 Entre el verde taray y los alisos
 Un padron de cristal con sus reflejos
 Al caer del tibio sol daba los visos,
 Que al moro hicieron señas desde lejos:
 Y allí entre las molduras de sus frisos
 Con letras y caracteres bermejos,
 Donde al vivo se sueña el pensamiento.»
 Dejó la silla el moro, quitó el freno,
 Y del prado hizo dueño á su caballo,
 Entretenido por el bosque ameno
 En el deleite y gusto de mirallo:
 El yerto monte de mosquetas lleno,
 De verde yedra el reboloso tallo,
 Que por ásperos riscos y grimazos
 Con mil vástagos da tiernos abrazos.
 Y por gozarle la belleza entera
 Al florido vergel fue sin trabajo,
 Subiendo el monte humilde de manera,
 Que siempre el pié mas firme era el mas bajo:
 Llegó á la verde cumbre, y por de fuera
 Del pendiente peñasco vió en un gajo
 Escrito: «Esta es la cueva de Jorguines,
 Hada del sueño, fuentes y jardines.»
 Miró en el fondo de la clara fuente,
 Y vió nadar por ella peces de oro,
 Y del mismo metal resplandeciente
 La arena y guijas: admiróse el moro,
 Y escondiendo la mano en la corriente,
 Así y probó á sacar de su tesoro,
 Lucientes piedras, que eran acá fuera
 Pardas guijas, y arena verdadera.
 Con su oculta virtud el agua hacia
 En sus cristales tan vistosos lejos,
 Que oro, aljofar menudó y pedrería
 Su arena y peces parecian de lejos:
 Limpia, serena, transparente y fria,
 Al gusto dulce, y de sabrosos dejos,
 Templó el calor el moro con su yelo,
 Y recostóse en el florido suelo.
 Ya en esto el carro de la luz volcando
 El oro y rosicler del horizonte,
 Sus argentadas crústulas bañando
 De ambar bajaba á la raíz del monte:
 Las blancas playas del Japon buscando,
 Que en las de España aguardan se trasmonte,
 Para hacer del barniz de aquella esfera
 El nacar de su aurora y luz primera,
 Saliendo al cielo obscuro trecho á trecho
 Bellas centellas, Ferragut hizo
 Del prado alfombra, y de las flores lecho,
 Perdido entre las yerbas y el carrizo;
 Donde cantando al estrellado techo
 Los diamantes del carró movedido,
 Las penas, los cuidados, y á su dueño
 Sin sentir se llevó un sabroso sueño.
 Y luego que el silencio á los sentidos
 En dulce olvido puso sepultados,
 Y á la interior potencia reducidos
 En otro nuevo mundo embelesados;

Entre jazmines y árboles floridos,
 Sobre un soberbio risco fabricados,
 Unos palacios vió ó soñó que via,
 Labrados del pincel que asombra al dia.
 Los muros de alabastro, y las molduras
 En negro y fino pórfido cortadas,
 De enlazados follajes y figuras
 En ventanaje y bóvedas sembradas:
 Cien torres de cristal, cuyas alturas,
 Con chapiteles de oro coronadas,
 Las nubes buscan, y al subir sobre ellas
 Vencen en luz, y asombran las estrellas.
 Eran las puertas de ébano bruñido,
 Que un embutido de marfil esmalta,
 Las bisagras de acero, y de tornido
 Bronce el engace y nudo que las ata:
 Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,
 Aldabones en máscaras de plata,
 Lumbreras, claraboyas y balcones,
 Con rejas de mezcladas invenciones.
 En nueve hermosos patios repartido
 De la soberbia casa el rico asiento,
 De altas columnas dóricas ceñido
 De fino jaspe en cada patio ciento:
 De forma ovada en perfeccion subido
 El cuerpo y alquitribes por el viento,
 En cuatro partes que al crecer descrecen,
 Y entre las nubes vuelan y senecen.
 Las puertas adornadas de festones
 De istriadas columnas, y de lazos,
 Frisos, triglifos, ménsulas, cartones,
 Acrotérias, metopas y cimazos;
 De oro y estuco pinas y artesones,
 Frontispicios y bellos lagrimazos,
 Y en las bóvedas y altos lacunarios
 Varios florones, y mosaicos varios.
 De follajes vestidas y colores
 Las antorchadas cimbrías y arquitrabes,
 Las altas salas, y anchos corredores,
 De historias llenas y sucesos graves,
 Ferozes guerras, bárbaros amores,
 Al hecho fieros, y al pincel suaves;
 De alabastro los muros, y sobre ellos
 De rica estofa mil tapices bellos.
 Resplandeciendo con bajillas de oro
 Las ricas mesas de precioso alerce,
 A quien el grave peso del tesoro
 Por mayor magestad agovia y tuerce:
 Resonando en los techos un sonoro
 Rúido, que parece que se esfuerce
 De rato en rato, y que á su sueño breve
 El gusto roba el de un amigo leve.
 El moro que aun dormido se congoja
 Por ver quien el ruido y golpes causa,
 Y entrando en una sala se le antoja,
 Que una voz tierna en resonante pausa
 Dulce favor le pide, y que al que enoja
 De su deleite á la amorosa causa
 La vida quita, y con rabioso ceño
 Tras los gustos prosigue de su dueño.
 Entró á una cuadra, y vió en un rico estrado,
 Sobre alcantifas de oro y pedrería,
 La beldad misma que antes desvelado
 Amor le dibujó en la fantasía:
 Un rostro de la luz del sol cortado,
 Y en un dosel de su sitial cubria,
 Con letras de esmeraldas y topacios,
 «Esta es Galiana, y estos sus palacios.»
 Dejó del rico adorno la grandeza
 De nuevo ardiendo su ánimo brioso,
 Que amor en sueños crece la belleza,
 Y el mas frio corazon vuelve amoroso;
 Y á veces pinta con mayor destreza
 Entre el mudo silencio y el reposo,
 La beldad en el alma, que seria



No tan bella quizá vista de día.
 Estando entre el deleite y los deseos
 De la nueva ambicion de sus antojos,
 Dando el rendido pecho por trofeos
 Del halagüeño trato de sus ojos:
 La cuadra llena de unos bultos feos,
 Llevarle pareció en ricos despojos
 La gloria que gozaba, y que quería
 Defenderla del riesgo, y no podía.
 Parécele que llevan la hermosura
 Que en su pecho el amor pintó robada,
 Y que á él no es posible aunque procura
 Con brio en su favor sacar la espada:
 Y al congojoso ardor desta apretura,
 El alma sin aliento alborotada
 Furiosa rompió el sueño, y de repente
 Al margen se halló de la ancha frente.
 Y como absorto en las figuras vanas
 Que en vuelo huyen por la eburnea puerta,
 Aun gozando sus luces soberanas
 La vista ni dormida ni despierta:
 En el bosque sintió quejas humanas,
 Y de un triste gemido la voz muerta,
 Y en duda si es el doloroso acento
 La verdad del soñado pensamiento.
 Furioso deja la sonora fuente,
 Y en abrigado escudo y firme espada
 Al ciego bosque entró, por donde sie nte

Rastro de la afligida voz cansada...
 Despues diré el suceso, que un prudente
 Rey, el alma de penas rodeada,
 Siento para contarlas que me llama,
 El á mí, yo á mi pluma, ella á la fama.
 El bravo Alfonso el Casto, rey gallego,
 Católico en la fe, en las armas fuerte,
 Sabio en la paz, cuidadoso en el sosiego,
 Y en las guerras intrépido á la muerte;
 Viendo abrasarse en belicoso fuego
 La invicta España, con prudencia advierte,
 En un largo discurso entretenido,
 Los males que han de la ambicion nacido.
 Con Toledo está Córdoba alterada,
 Valencia contra Córdoba y Toledo,
 Pamplona contra Huesca, y con Granada
 Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo:
 Mérida en armas, Badajoz alzada,
 Lisboa desierta, Portugal con miedo,
 Lugo sobre el rio Miño hecho un pantano
 Con la reciente sangre de un tirano.
 No se habia descuidado el rey brioso
 Del áspero castigo merecido
 Del traidor Mahamud, que en poderoso
 Ejército, y valor nunca vencido,
 Sobre el rio de Galicia caudaloso
 Lo fue á buscar, halló y dejó vencido,
 Pasándole en su campo y su castillo

Cien mil alevos cuellos á cuchillo.
 Murió peleando el moro caviloso,
 A quien cortó Adelgastro la cabeza,
 Adelgastro un feliz brazo brioso,
 Del rey Fabila hijo, y su braveza:
 El que en Obona, sitio peñascoso,
 De un real convento alzó la alta grandeza,
 Y en el costoso cerco de Girona
 Dos jayanes mató por supersona.
 Este la fiel cabeza desangrada,
 Que en Mérida lo fué, sacó en la mano,
 Con que dichosamente rematada
 La guerra y victorioso el rey cristiano,
 A Leon volvió, dejando reformada
 La tierra y supo allí que el francés Mano,
 Con soberbia ambicion, y alma imprudente,
 Contra las suyas levantaba gente.
 Pudiera el rey Leonés entrarse á vueltas
 De las civiles guerras de los moros,
 Y á costa de sus bárbaras revueltas
 Ciudades adquirir, ganar tesoros,
 Si las doradas lises contra él vueltas
 No le fueran estorbo, y los sonoros

Clarines del ejército que marcna,
 A su encendido fuego helada escarcha.
 Mas viéndose impedido, y obligado
 A la defensa y guarda de su tierra,
 El victorioso campo, que ha sobrado
 De Mahamud en la sangrienta guerra
 Que marche manda, y suba reforzado
 Por Avilés, Fontible, y la alta sierra
 De Espinosa y Pomar, sin que en tal caso
 Ebro le tuerza y le detenga el paso.
 Y entre SantaGadea, y la Vitoria,
 A Pamplona se acerquen por Tafalla,
 Y allí hasta ser de Francia mas notoria
 La venida hagan muestra de esperalla:
 Y á la rica ciudad, que por memoria
 Pompeyo puso almenas y muralla,
 Trabajen de abrasar, que es de importancia
 Que no esté á devocion del rey de Francia.
 A á don Fortun Garcés, rey de Navarra,
 Favor se pida, y paso afortunado,
 Cuyo denuedo y corva cimitarra
 Vencer sabe al francés en campo armado:
 Y el Breton por temor de su bizarra



Gente le da tributo acostumbrado,
 Comprando á sus robustos Roncaleses
 La paz de un año en tres grasientas reses.
 Alrey Marsilio, ya que no le pida
 Por su reputacion favor España,

Como la que en la guerra mas temida
 Jamás la quiso de otra gente estraña
 La paz á peso de oro concedida
 A Aragon por Galicia, y la montaña,
 Se confirme de nuevo, y harto d igo,

Que España otorgue paz á su enemigo.
 Así el rey Casto en su sitial sentado
 Entre sus ricos hombres discurría,
 En el gobierno y trazas desvelado
 De lo que al reino y su salud cumplía:
 Cnando para hablar en el senado
 Licencia pidió un jóven, que traía
 Del muro de Sansueña, y de su gente,
 Grave embajada para el rey prudente.
 Fueron de aquellos siglos fama honrosa
 Los torreados muros de Sansueña,
 Ciudad insigne, en gente populosa,
 Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:
 El tiempo con su fuerza poderosa
 Sus grandezas volvió una inculta breña,
 Haciendo que esta suba, y la otra ruede,
 Que esto y mas que esto con sus vueltas puede.
 Dicese que el famoso Ballugante,
 Del primer Viarabi segundo hermano,
 Con franceses despojos de triunfante
 Gente fundó el gran pueblo de su mano:
 En muros y edificios elegante,
 En sitio fuerte, en mármoles galano,
 Famosa corte un tiempo, y del vecino
 Pueblo competidores de continuo.
 Fué cárcel de la bella Melisenda
 En prision noble su almenado muro,
 Donde Gaiferos por inculta senda
 Con las armas de Orlando entró seguro
 A librar su cautiva amada prenda,
 Como la suya Orfeo al reino obscuro:
 Mas si este la perdió por imprudente,
 La suya dió al francés el ser valiente.
 Ganóla el Casto Alfonso al rey Tidoro,
 Y á su reino la puso por frontera,
 De armas ceñida contra el pueblo moro,
 Que en sangrientos rebatos persevera:
 Tenian sus torres chapiteles de oro,
 Y el firme muro, que de jaspes era,
 Por mas emulacion contra Pamplona
 De almenado alabastro la corona.
 De cien torres altísimas cargado
 Da su alcázar real espanto al rio,
 A quien un soto de álamos cercado
 De bosque sirve, y de jardin sombrío:
 Aquí Bastan, Alcaide celebrado
 Un tiempo de Zamora, con su brio
 Sus fronteras enfrena, y aquel dia
 Su mensajero al Casto Alfonso envia.
 Diósele grata audiencia, entró, y besando
 La mano al rey, y habiendo conseguido
 De hablar licencia el generoso Ovando,
 Uno entre mil valientes escogido
 Para este grave caso, levantando
 La voz, dijo: «señor esclarecido,
 Sansueña, y su virey, de tu alegría
 Con mi persona el parabien te envia.
 Goces felices años la victoria
 Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra
 A tus piés reales traya en triunfo y gloria
 Cuanta honra el mundo en su ambicion encierra;
 Y en trofeos dignos de inmortal memoria
 La tuya asombre con su voz la tierra,
 Y por ley de tu mano y estatuto
 Párias te den sus reyes y tributo.
 Celebrando en real pompa la grandeza
 De tu victoria, célebre jornada
 Da á Sansueña Bastan, noble cabeza,
 De juventud florida coronada:
 Entre alegres bohordos la braveza
 De Zumail la vió sobresaltada,
 Que á echar por tierra su almenada cerca
 Con cien mil combatientes se le acerca.
 Por socorrer á Mahamud en Lugo
 De Nájera este ejército salía,

Que para echar de sí el infame yugo
 De Córdoba y Hesen juntado habia:
 Y el hado que ya fue cruel verdugo
 En la muerte infeliz de Harpalia
 Hijo de Zumail, le trajo un moro
 A su córte, llamado Cardiloro,
 Hijo del rey, que en Avamonte tiene
 Cetro sobre el tendido Guadiana,
 Y nieto del que digo, á quien conviene
 El reino por su madre Balhamana;
 Pues este moro que á heredarle viene,
 De ambicion lleno y de arragancia vana,
 Hecho dueño del campo, su real sena
 Y el camino volvió para Sansueña.
 Llególe dentro en Nájera el aviso
 De tu ilustre famoso yencimiento,
 Con que de rabia hundir el mundo quiso
 En cruel venganza y bárbaro escarmiento,
 Y culpando á su pecho de remiso
 La jornada mudó, y trocó el intento:
 Dejó la Rioja, y por camino llano
 A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.
 No huye de sus aguas percerosas,
 Que en Sansueña ha jurado de bebellas
 De Arga, y que á sus murallas espaciosas
 Hombre no ha de dejar ni almena en ellas;
 Y no son todas befas jactanciosas,
 Que la cruel experiencia vuela entre ellas,
 Y el bárbaro feroz por donde pasa
 Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.
 Trae voz de dar seguro y libre paso
 Al francés, que ya marcha por su tierra,
 Y á pesar nuestro con sus armas raso
 El fragoso camino de la sierra:
 Este es, señor, de mi venida el caso,
 Y aviso que te traigo desta guerra,
 Deste nuevo enemigo á tu corona,
 Unido á la de Francia, y de Pamplona.
 Por Viana á Sansueña va derecho,
 Con grande orgullo, y con mayor pujanza,
 Y puesta tu ciudad en este estrecho,
 Solo en tu real valor halla esperanza;
 Que aunque de Viriato el fuerte pecho
 Volviese al mundo á gobernar su lanza,
 En el presente riesgo sin tu amparo
 Nuestro sabio temor haria mas claro.»
 Dijo, y envuelta el rey en mil cuidados
 La casta alma y prudente fantasía,
 Los unos de los otros atajados,
 Ni en este asiento, ni en aquel se fia:
 No halla cuales son los acertados,
 Cuales seguir ó desechar debria,
 Que al discurrir de su alto pensamiento
 Todo se altera y mueve en un momento.
 Como tal vez con rayos tembladores,
 En nocturna quietud luna argentada,
 De un jardin bello hiere entre las flores
 Remansos sin color de agua espejada,
 Reverberan los vivos resplandores
 En la cercana bóveda dorada,
 Y bullen sus vislumbres sin provecho
 Los varios lazos del dorado techo.

ALEGORIA.

Garilo que huyendo de unos amigos en otros con nin-
 gunos se asegura, significa la inquietud que trae el vi-
 cio, y quien le sigue, y como una mala conciencia á sí
 misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su
 culpa.
 En Argina librada por Ferraguto, en la historia y su-
 cesos de su vida, lo mucho que importa tratar con bue-
 nos, pues no se interesa menos que serlo por su inter-
 cesion.
 Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosura

de Galiana, muestra que un hombre distraido, con cual-
 quiera causa, por liviana que sea, se ocasiona á sus sen-
 sualidades.
 En las parcialidades y guerras civiles de los reyes
 moros de España, se descubre el gran daño que viene á
 un reino de tener muchas cabezas, y lo que la ambicion
 sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos
 para ello los animos de los principes.

LIBRO SESTO.

ARGUMENTO. Cuenta Garilo una fábula á Orlando, y á los suyos,
 á fin de divertirlos, preguntándoles cual sea el don mayor de
 la fortuna. Descubre Bernardo desde el navio persiano una
 fresca isla, donde lleva á Ormanduro para curarle; halla en
 ella á Gundemaro, un noble español, que despues de curar
 al rey sus heridas hace á Bernardo una agradable relacion de
 sus infortunios.

Así el prudente Alfonso la inquieta
 Fantasia baraja en varios modos,
 Y al peso del gobierno con discreta
 Prevencion los tantea y mide todos:
 Dan y toman el caso en su secreta
 Consulta el rey y sus valientes Godos,
 Buscando á tantos golpes de fortuna
 Salida honrada si ha quedado alguna.
 Así, señor, en vuestro real consejo,
 Presidiendo á sus graves senadores,
 De sabia magestad sois limpio espejo,
 Y al mundo repartís honra y favores:
 Homero en letras, Néstor en consejo,
 Freno al mayor, amparo á los menores;
 Y así tambien o miro, y considero,
 Armado de prudencia en vez de acero.
 Allí, despues de varias opiniones,
 Del consejo de guerra fue acordado,
 Que á toda diligencia las legiones
 Del victorioso campo reforzado,
 Con don Tibalte rompan los mojones
 Del navarro distrito, y alojado
 Sobre Sansueña pare, y entre tanto
 Su córte pase á Burgos el rey santo.
 Así en su sala real, de sabios llena,
 El santo rey en cetro y silla de oro
 Los graves casos de la guerra ordena,
 Y al frances pone espanto, y miedo al moro:
 Cuando en las sierras de Narbona suena
 Del astuto Garilo el falaz lloro,
 Con que engañado á quien le escucha lleva
 Al ciego enredo de su historia nueva.
 Era Garilo de ánimo doblado,
 En sutiles astucias atrevido,
 Vario, cauto, mudable, recatado,
 De enjuto rostro, y corazon fingido,
 De color verdinegro retostado,
 De erizado cabello, retorcido,
 Los alterados ojos, aunque vivos,
 Atraidorados al mirar, y esquivos.
 De Mauregato el rey bastardo hijo
 En Girona nació de una aldeana,
 En traicion siempre el pensamiento fijo,
 Resabios de la leche catalana;
 O el triste agüero que el furor predijo
 De la paterna sangre mauritana,
 Que ahora en pomposo estilo, y voz valiente,
 Así engañando va la franca gente.
 «Segun de mis mayores he aprendido
 Aquella sangre real hierve en mi seno,
 Que al triforme Gerion de cuello erguido
 Doblado yugo puso, y firme freno;
 Y aunque en humildes paños encogido
 De reyes el linaje tengo lleno,
 Que es el mayor valor que á una persona
 Las obras le quilata y perficiona.

Del caudaloso Tarno en la ribera
 Un aldea humilde goza su frescura,
 Adonde en busca de la luz primera
 Dejó el antiguo seno en noche obscura:
 Aquí tambien nació, que no debiera
 Por principio á mi ciega desventura,
 La aldeana mas bella, y mas lozana,
 Que jamás se vistió ropa aldeana.
 Si en humano retrato su belleza
 Posible fuera ó lícito sacalla,
 De rosas coronada la cabeza
 Gloria de la beldad fuera el miralla:
 Mas sube á tal quilate esa fineza,
 Que á querer la arrogancia dibujalla,
 A lo menos perfecto no llegara,
 Aunque el pincel de la aficion pintara.
 Nacimos juntos y al igual nacía
 Amor en nuestros tiernos corazones,
 Que al blando trato y la igualdad crecía
 De agradables placeres y pasiones:
 Penas tambien entre el contento habia,
 Que el amor donde faltan simrazones,
 El tierno gusto con su dulce estraga,
 Y aquello que apetece le empalaga.
 Son lo fino de amor los sinsabores
 De un no sé qué de cierta niñería,
 Y las mezcladas penas con favores
 El dulce riego que lo aumenta y ería:
 Ni en el campo el verano es todo flores,
 Ni en amor todo gusto y alegría,
 Antes mezclados gustos y disgustos,
 Del suyo son los verdaderos gustos.
 Entre esta variedad de sentimientos
 Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,
 Grandes cosas pasé, en que mis contentos
 Creciendo á veces fueron y menguando:
 Amor á mis felices pensamientos,
 Ahora contradiciendo, ora ayudando,
 Si la fortuna en algo me terciara,
 Su triunfo estaba y mi victoria clara.
 Mas fue á mi blanda fe tan rigurosa,
 Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,
 Que cuando la hallé mas amorosa,
 Jamás sin un azar me salió suerte:
 Y á quien con vista mira desdeñosa
 El tesoro en carbones le convierte,
 Que cuantas glorias su inconstancia vende,
 Son si falta sazón bienes de duende.
 Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba
 Ya el un estorbo al otro sucedia,
 Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,
 Ya la luz, ya la noche me ofendia:
 O no tenia cuidado, ó me sobraba,
 O ya me desvelaba, ó me dormia,
 Que donde no hay ventura todo es muerte,
 Por bien que acuda al paladar la suerte.
 Eran mis inconstancias de manera
 Que nada me acertaba á dar concierto,
 Ni ser en el amor de blanda cera,
 Ni al frio desden mostrar el pecho abierto:
 Que el sabor y regalo que pudiera
 Resucitar sin fe un amante muerto,
 En mí era enfados de tibieza seca,
 Que una desgracia hasta los gustos trueca.
 Y como el fino amor no es otra cosa
 Que un reloj de artificio concertado,
 O de pulso sutil y mano airosa
 Un instrumento músico templado,
 Que de su consonancia numerosa
 Lo fino está en un punto delicado,
 Cuya armonia mientras mas perfeta
 Con mayor disonancia se inquieta.
 Así cualquiera humilde niñería
 Con tal facilidad nos alteraba,
 Que á un blando soplo de aire parecía